

Presentamos a continuación un desafiante artículo, profundiza el significado de realizar promesas hasta la muerte. Si bien el autor es un dominico, sus planteamientos son aplicables a la vida salesiana. Medítalo y obtén conclusiones para sus vidas prácticas.

Hacer Promesas hasta la Muerte

Fuente:

Artículo, publicado en la Revista "Priests and People", Julio 1992.

Traducido para el boletín Materiales de Argentina y no ha sido publicado en español.

Traducción: Hna. Cintia Rojas, op

En la Última Cena Pedro hace una apresurada promesa a Jesús: "Daré mi vida por ti." De cierto modo no es un buen modelo de cómo hacer promesas. No hay evidencia alguna de una decisión madura y pensada. Una promesa de unirse a alguien hecha tan impulsivamente como tan fácilmente pudo anularse. Sin embargo, el juramento de Pedro nos ofrece una esperanza a quienes hacemos promesas. Nos sugiere la razón por la que podríamos atrevernos a prometerle fidelidad a alguien, esposo, esposa o al mismo Dios.

En nuestra sociedad hacer juramentos no tiene gran credibilidad. Cuando uno de cada tres matrimonios termina en divorcio, y un libro reciente, *Votos despedazados*, postula que los sacerdotes y religiosos están dejando sus votos precipitadamente, ¿Podemos tomar seriamente estas promesas? Como dijo Glynn de Moss después de su vigésimo segundo matrimonio, *"el divorcio no me molesta, es otra piel de víbora colgada en la pared."* ¿Es que deberíamos continuar aún simulando? El juramento de Pedro indica por qué podríamos atrevernos a hacer semejante cosa.



Pedro dice a Jesús. *"Daré mi vida por ti"*. Y de acuerdo al evangelio de Juan, Jesús contesta *"Tu darás tu vida por mí. Pero en verdad, en verdad te digo, no cantaré el gallo hasta que me hayas negado tres veces"*. Entonces, Pedro hace una loca promesa, y en el lapso de unas horas la ha roto. Pero en el fin, Dios le abre un camino más allá del error.

Pedro toma calor del fuego de las brasas en el palacio del Sumo Sacerdote y niega tres veces a Cristo. Luego en el último capítulo, lo encontramos nuevamente ante el fuego de las brasas en la orilla del Lago, deshaciendo la negación. Jesús le pregunta por tres veces, *"¿Pedro me amas?"* Y por tres veces Pedro desteje su error y confiesa que sí lo ama. Entonces Jesús recoge la precipitada promesa, y exige a Pedro hacer lo mismo: *"En verdad, en verdad te digo, cuando eras joven, tú mismo te guías e ibas a donde querías; pero cuando seas viejo, extenderás tus manos y otro te guiará y te llevará donde no quieras."* Esto lo dijo esto para mostrar cómo iba a morir dando gloria a Dios. Las palabras de Pedro se confirmaron.

Dignidad humana

Nada de lo que escribo se dirige a emitir (el delicado) juicio sobre aquellos cuyos votos han decaído, cuyos matrimonios han fallado o quienes han abandonado sus vocaciones religiosas. No nos compete hacer tal juicio. Puede que sea simplemente un hecho el que algunas veces los votos se vuelvan imposibles de mantener. Debemos ser honestos. Todo lo que deseo hacer es sugerir por qué, aún en una sociedad que tiende a no tomar seriamente las promesas, ellas son fundamentales para la dignidad humana, y por qué podemos atrevernos a arriesgar tal cosa comprometiéndonos nosotros mismos.

La primera razón por la que debemos hacer [o renovar] promesas, es porque Dios lo hace. La Historia de nuestra salvación es la del Dios que se nos reveló a sí mismo, como aquel que hace pactos, (alianzas). Después del diluvio volvió a dirigirse a Noé y le prometió que nunca más la tierra sería cubierta de agua y la humanidad

destruida. Juró bendecir a Abraham. Se reveló a Moisés y le dijo su nombre, **Yo Soy**, y prometió sacar a su gente de la aflicción en Egipto.

Hacer promesas no es precisamente una "actividad" de Dios. Esto revela quién es El. **Yo Soy** se entregará a ustedes. Y veremos la plenitud de su ser en Jesús, en quien todas las promesas se cumplen.

Por lo tanto, la primera razón por la que tendríamos que tener la confianza de atrevernos a hacer promesas [o renovar] (quizás no tan impulsivamente como Pedro, a menos que nos reservemos una cláusula de cancelación) es porque somos hijos de Dios. Forma parte de nuestra dignidad que podamos hacer estas cosas. Los gatos y los perros pueden ser leales y fieles, pero no pueden hacer promesas. Le mostramos a Dios al mundo por medio de atrevernos a seguir el ejemplo de nuestro Padre. Uno de los modos en que la sociedad puede subvertir nuestra dignidad, es socavando los juramentos que hacemos.

Cuando los británicos trajeron esclavos a trabajar en las plantaciones de las Indias occidentales, tratamos de romper sus matrimonios sistemáticamente. Rompimos parejas, prohibimos ceremonias de casamiento, dispersamos familias. El significado de esto era que estábamos atacando a los esclavos en un nivel muy profundo, como si hubiésemos sido Dios (y hacíamos promesas). Pero los esclavos rechazaron esta humillación. Se aferraron a su dignidad. Inventaron sus propias ceremonias. Mostraron que pensara lo que pensase el dueño de la plantación, ellos eran hijos de Dios, hechos a su imagen. Nuestra propia sociedad hace esto de un modo más subliminal a través de las presiones en el trabajo y la actual presentación del matrimonio y la sexualidad en los medios de comunicación. La canción de Elton John "*Cualquiera necesita un/a amante por horas*" ¡No reivindica la fidelidad del Dios de Abraham, Isaac y Jacob precisamente!

Cualquiera que haga un juramento puede encontrarse en la situación de Pedro muy pronto. Es clásico que casi de inmediatamente después de que la gente se casa o se ordena que se encuentran a sí mismos en un lío. Uno podría llamarle "el síndrome Petrino". De acuerdo con San Juan, los guardias vinieron y arrestaron a Jesús. "*¿A quién buscan?*" preguntó. "*A Jesús de Nazareth*". Y Jesús respondió "**Yo Soy**". Aquí está la revelación del Dios de Moisés que prometió sacar a su pueblo de la aflicción de Egipto. Y cuando el siervo principal vino y preguntó a Pedro si no era uno de los que estaban con Jesús, allí por dos veces él dijo: "*Yo no soy*". Niega ser hijo del Dios de las Promesas. Y también se niega a sí mismo. Rechaza su propia identidad. Junto a las brasas en la playa, por tres veces él puede recuperar aquella identidad, "*Tú sabes que te amo*". Y esto no significa tan solo que está perdonado. El es él mismo otra vez.

El futuro

Una de las razones por la que nuestra sociedad tiende a no tomar muy seriamente las promesas, es por que encuentra muy difícil de creer que los juramentos tocan tan profundamente nuestra identidad. Recuerdo a un Provincial extranjero diciéndome que aquel día había hablado con un estudiante de votos temporales que estaba a punto de hacer su profesión solemne, a quien entonces preguntó, "*¿Puedes realmente prometer que serás fiel hasta la muerte?*" Y el estudiante dijo: "*Depende a qué te refieras. Si quieres decir: Si seré fiel sea lo que fuere lo que me pidieran, incluso si ello me llevara la vida, entonces la respuesta es: Sí. Pero si te refieres a si seguiría siendo dominico hasta que muera, Bueno, no sé. ¿Quién sabe quién llegaré a ser?*"

Una cosa es decir que uno lo dará todo, que ofrecerá todo lo que uno es ahora, y otra es prometer continuar año tras año, pasara lo que pasara, con quien uno se encontrase o se enamorase. Es la misma duda que golpea a las personas que se enfrentan a la promesa del matrimonio. Amar a alguien, es casi por definición ofrecerle todo lo que tienes y eres. Pero lo que la gente encuentra difícil de prometer es el futuro; podemos prometer todo excepto el tiempo, todo nuestro tiempo. ¿Por qué este tipo de compromiso es tan difícil de hacer?

En parte es que a diferencia de nuestro ancestros. Probablemente sintamos que cambiamos al ir envejeciendo, que no somos las mismas personas. ¿Cómo puedo comprometer a quien aún no es, a quien aún no existe, la persona que seré?

Si alguna vez tuvieras que ver y aconsejar a gente cuyos matrimonios están por el suelo, o a una fraternidad, o hermanas que están pasando por un momento duro, ellos dirían algo como esto: *"No soy la misma persona que se caso con Juana o Eduardo, o que hizo profesión solemne, o prometió obediencia al obispo. En aquel entonces era joven e ingenuo/a; desde aquel momento he andado mucho, he descubierto a Mozart y Madonna, he acumulado experiencias y obtenidos títulos. No soy la misma persona que aquel/lla idealista de veinticinco años de ojos vivaces. No puedo atarme a las promesas que hizo aquella persona. Aquella persona no existe más. En términos de Donne: "No somos precisamente aquellas persona que fuimos".*



El hacer juramentos solo tiene algún significado si uno cree que la persona que hizo esa promesa persiste. Lo que soy, no será conocido en un momento en particular, sino descubierto en la completa historia de mi vida. Las promesas, para *la Nueva generación*, son la celebración del compromiso más hondo, más que su extensión a través del tiempo. Nuestra sensación de quiénes somos, de lo que significa para mi ser yo, tiende solo a estar arraigada a éste momento, con sus goces y sus crisis.

Alasdair McIntyre escribió:

La modernidad divide a cada ser humano en una variedad de segmentos, cada uno con su normativa propia y su propio comportamiento. Por lo tanto el trabajo está separado del esparcimiento, la vida privada de la pública, lo comunitario de lo personal. Por lo tanto ambas, la niñez y la vejez han sido desmembradas del resto de la vida humana y ubicadas en diferentes esferas. Y todas estas separaciones se lograron de modo tal, que es la diferencia de cada una y no la unidad de la vida del individuo la que atraviesa esas partes, según los términos en que se nos enseña a pensar.

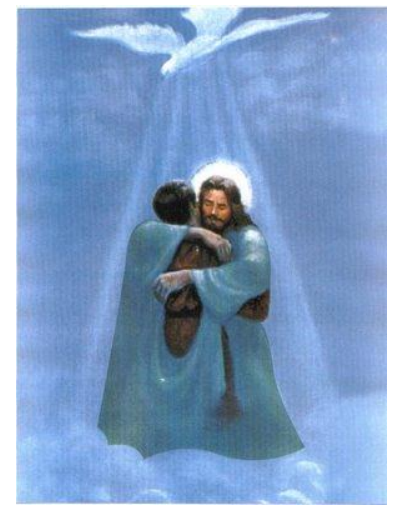
Hay revistas para niños, programas de TV para los que pasaron los 80, vacaciones para solteros. En los Estados Unidos hay un programa televisivo completamente dedicado a la vida amorosa de gente de alrededor de cuarenta años. Por lo tanto todo el tiempo estamos siendo impulsados a no pensar en nosotros mismos como personas cuyas vidas tienen un sentido global, sino como personas de éste momento, éste tiempo, ésta edad. Y eso significa que cuando nuestras vidas parecen no tener sentido, cuando tenemos algún tipo de crisis, eso será insuperable, ya que ¡éste momento es lo único que tengo! Para la *Nueva Generación*, hoy una crisis es una crisis insuperable.

La historia más larga

Lo que nos ofrece la historia de Pedro es una larga historia, que va desde su llamado por el galileo, su viaje a Jerusalén con Jesús, incierto y temeroso, a través de una traición, al encuentro en la orilla donde todo es sanado. Es solo en el modo en que nos encontramos en esa larga historia, que los juramentos pueden tener sentido, que podemos hacer frente a los errores y no ser aplastados por ellos y encontrarnos a nosotros mismos yendo más allá de ellos. Es el largo sentido del tiempo, desde el nacimiento hasta la muerte y en última instancia de la Creación al Reino, que puede tener sentido algo tan impetuoso como decir "Lo prometo". Es la historia larga la que recordamos en la repetición anual del Año Litúrgico la que nos conduce más allá del Jardín de Getsemaní, más allá del Viernes Santo, a la Pascua, a otras brasas encendidas.

Mientras uno está aún en el trayecto, a menudo será imposible entender el significado de los juramentos propios. En la Última Cena Pedro dijo a Jesús, *"¿A dónde vas?"* Jesús respondió, *"Adonde voy no pueden seguirme ahora; pero me seguirán después". Pedro le dijo, "Señor porqué no puedo seguirte ahora? Daré mi vida por ti".*

"¿A dónde vas?" Pedro jura seguir a Jesús aunque no sabe a dónde. Como Pilatos no espera a una respuesta. No puede saber lo que su juramento significa. La pregunta permanece sin respuesta casi hasta el final. Hay una



leyenda del siglo II que cuenta que un día, durante las persecuciones, Pedro estaba huyendo de Roma para salvar su vida, cuando se encontró a Jesús caminando en la dirección opuesta. Y una vez más le dijo a Jesús, "¿Adónde vas?" *Quo vadis*" Y Jesús dijo, "Voy a Roma a morir". Entonces Pedro dio la vuelta y al último, cumplió su promesa a Cristo. Solo en el final tiene una respuesta a su pregunta.

Cuando quiera que hagamos promesas, en el bautismo, matrimonio o vida religiosa, no sabemos dónde terminaremos. Cada promesa tiene su pregunta implícita no respondida, *Quo vadis*? No podemos imaginar qué implicará estar casado/a con esta persona, quién resultará ser enfermo, alcohólico o completamente inaguantable. No podemos prever qué significará tu promesa al comprometerte con una Orden que podría enviarte a Islandia, o pedirte que aprendas chino, o simplemente dejarte sin apoyo o amistad. Es propio de la naturaleza de un juramento que se une a la pregunta sin respuesta de Pedro.

Resistiendo

Seguramente se dará el caso de que quien haga una promesa en algún momento sentirá que es inútil tratar de mantenerla. Qué sentido tendrá el permanecer casado con este hombre? ¿Tiene algún sentido continuar como sacerdote cuando la vida con Edwina sería mucho más satisfactoria? Inclusive podríamos construir una familia católica y aportar nuestro granito de arena a la Iglesia de ese modo. ¡Quizás uno tenga la obligación de abandonar ! Pero debemos dar testimonio del Dios que hace promesas allí resistiendo, como El lo hizo colgando de la cruz.

En nuestras vidas veremos personas a quienes no hay casi nada que podamos decirles; personas que han perdido un esposo o una esposa, sufrido un colapso ; personas en la pobreza, a quienes nuestra sociedad ha desechado y no pueden encontrar el modo de regresar ; personas a nuestras puertas pidiendo un poco de comida y esperanza. ¿Qué podemos decir? ¿Que sentido posible podemos extraer de sus experiencias? Algunas veces todo lo que podemos contarles es acerca del Dios que ha hecho promesas, para sanarnos, para sacarnos de la muerte, y traer el Reino. ¿Y cómo podemos hablar del Dios que hace promesas a menos que haya un signo? Y el signo es el esposo y la esposa empeñando su palabra ; el joven monje, monja, hermana o fraile haciendo una promesa o la persona soltera que mantiene su fe en Dios ateniéndose a sus promesas bautismales, o manteniéndose confiado/a a las promesas que hizo sean cuales fueren.

En una sociedad donde millones de personas no tienen razones para la esperanza, ni perspectiva de conseguir trabajo, resignados al desempleo de por vida, entonces el Dios de las promesas es algunas veces al único al que podemos invocar.

La promesa de ser pobres

Hace poco tiempo visité una comunidad de las hermanitas de Foucauld, que vivían en un barrio a las orillas de Lisboa cerca del aeropuerto. La gente que vivía allí eran en su mayoría inmigrantes africanos de Mozambique, Guinea y Angola, y unos pocos gitanos, sin agua ni electricidad bajo amenaza de desalojo. Cuando llegué, el piso estaba cubierto de niños pintando dibujos, ya que a la semana siguiente habría una fiesta. Una de las hermanas estaba por hacer su profesión solemne. Todos estaban involucrados en la preparación de la misa y la comida. Ese día vinieron mil personas apretujadas en el lugar que habían pedido prestado para la ocasión. Era su día, donde portugueses, africanos y gitanos pudieron bailar y cantar juntos. ¿Y por qué todos, tanto los que tenían fe y como los que no estaban muy seguros celebraban? Porque si ella vino a compartir sus vidas, y a hacer la promesa de ser pobre con ellos, debe haber esperanza entonces. Seguramente esta fue una ocasión que reveló lo que significa hacer una promesa.

Una vez el maestro de la Orden dominicana fue a recibir la profesión solemne de tres jóvenes frailes que estaban en prisión en Brasil. Una comunidad entera había sido arrestada como parte de una persecución a la Orden hecha por el entonces gobierno militar, a causa de su testimonio por los derechos humanos. Fueron falsamente acusados de montar una conspiración comunista. Era un lugar inusual para hacer la profesión de los frailes, pero quizás revelaba de qué se trata todo juramento, confiar en el Dios que nos es fiel, quien ha prometido ese mundo justo que es el Reino, y será fiel a su promesa.

La palabra hebrea para "prometer" es *dabar*, decir una palabra. El Dios que promete es simplemente el Dios que da una palabra. Y por lo tanto lo que está simplemente en cuestión es: ¿Tienen importancia las palabras? ¿Tienen consistencia nuestras palabras?

La providencia de Dios

Esto puede sonar tal vez como una cerrada visión de la fidelidad. Habiendo hecho un juramento, uno simplemente tiene que resistir hasta el final. Uno está ligado a su esposa (o esposo), o al modo de vida como un/a religioso/a, y no hay ningún futuro imaginable excepto resistir. ¿Es posible que Dios nos pida eso? Siendo honestos, eso algunas veces parece difícil de creer. Algunos matrimonios entran en crisis y parece no haber otro modo de aquí en adelante. Pero, implícitamente, solo podemos tomar los votos confiando en la providencia de Dios. El Dios de las promesas proveerá. Cuando Dios le pide a Abraham tomar su hijo para ofrecérselo como sacrificio en la montaña, entonces Dios provee el cordero. "En la montaña Dios proveerá". Por lo tanto un juramento o un voto, no es una afirmación de confianza en nuestras fuerzas, sino de esperanza en la providencia de Dios. Pedro es débil y se equivoca, pero es Jesús quien abre un camino más allá. La impulsiva promesa de Pedro desestima cualquier visión de nuestros votos (o juramentos) como basados en la fuerza de voluntad. Pedro elige el fuego de las brasas del palacio del Sumo Sacerdote, pero Dios provee las brasas de la orilla del lago. Para algunas personas nada parece ser provisto, y solo puedo pedir perdón por no reflejar sus experiencias. Uno no puede hacer todo.



Una observación final: El juramento de Pedro es de morir. "Daré mi vida por ti". Los juramentos que dan forma a nuestras vidas, coherencia y un modelo (más que una sucesión de momentos), son hechos ante el rostro de Dios. En nuestras promesas bautismales somos unidos a la muerte de Cristo, en el matrimonio nos estamos prometidos "hasta que la muerte nos separe", y los votos religiosos son hechos *usque ad mortem*, hasta la muerte. Los votos nos confrontan con nuestra propia muerte. Quizás una de las razones por las que aún hoy encontramos tan difícil abrazar los votos es porque huimos al hecho de que debemos morir. Nuestra sociedad se funda en el sueño del control, del medio ambiente, del cada uno de los otros, pero la muerte nos muestra los límites de nuestro poder. Podemos enviar a alguien a la Luna, pero aún así debemos morir.

En *Un hombre soltero*, novela de Christopher Isherwood, un hombre de mediana edad se mira a un espejo:

Fijando y fijando su mirada en el espejo ve muchos rostros dentro de su rostro (el rostro del niño, del muchacho, del joven. Del no tan joven.) Aún todos presentes, preservados como fósiles en capas superpuestas, y como fósiles, muertos. Sus mensajes a esta criatura viviente y mortal es: Miranos ¿(hemos muerto) qué hay para temer? Les contesta: Pero ocurrió tan gradualmente, tan fácilmente (de un modo tan desapercibido). Temo haber ido muy de prisa.

"Temo haber ido muy de prisa". Pero no tomamos los votos en soledad. Tomamos los votos ante y con otros. Los votos están con y en una comunidad. Y quizás solo podemos atrevernos a hacerlos porque la comunidad, nuestros amigos, hermanos y hermanas, nos ayudan a enfrentar y abrazar nuestra mortalidad. Podemos atrevernos a dejarla ir.

Cada acto de hacer votos es un acto de confianza. La pregunta sin respuesta de Pedro está siempre. "Pero Señor ¿dónde estás yendo?" más agudamente cuando uno/a enfrenta a la muerte. Uno ubica sus manos en las manos de Dios, pero en las palabras de D. H. Lawrence, "Es algo temible caer en las manos del Dios viviente. Pero es mucho más temible caer de ellas".